

A veces tengo tantas cosas que decir  
que no sé por dónde empezar.  
En mi cabeza se arremolinan las ideas,  
se entrecruzan las imágenes,  
vienen a mi recuerdo los olores,  
siento en mi piel las emociones,  
se eriza de calor la ilusión  
y se arrulla de frío el amor.

Los días se suceden uno tras otro,  
siguiendo la misma sintonía.  
No siendo monótonos,  
pero sí acelerados.  
Sin pausa, sin contemplación,  
sin espacio a la reflexión.  
Ahogando desde el inicio la intención  
de comunicar, de gritar, de desechar...

Mi mar acostumbrado al oleaje,  
se estremece al entrever el tifón,  
*noto el temblor, temo el tsunami.*  
Los bordes de mi bañera se desbordan  
con el volumen de mis cargas,  
las presas no resisten,  
los desagües no funcionan,  
y ahí en mitad del mar estoy yo.  
Aguantando el oleaje,  
manteniéndome a flote,  
esquivando tiburones.

A mi lado flotan relojes,  
con manecillas atrofiadas,  
marcando siempre el tiempo perdido,  
iniciando la cuenta atrás.  
Cuando alcanzó uno y consigo arreglarlo,  
este levita y se va,  
pero inmediatamente aparece otro  
y comienza el mismo ritual.

Algo parecido ocurre a lo lejos,  
vislumbro con dificultad las orillas,  
y en ellas me parece ver personas,  
no las distingo, pero al verlas  
me invade la sensación de cercanía,  
de caricia suave,  
de abrazo profundo,  
de dolor en el pecho,  
*de herida mortal.*

Intento acercarme, hago señales,  
pero cuanto más lo intento,  
más lejos parecen estar.  
Al final agotada,  
solo las contemplo y las dejo marchar.

Los tiburones nadan a mi alrededor,  
tienen distintos colores,  
verde dinero, rojo agresión,  
amarillo envidia, morado rencor,  
negro luto y gris desilusión.  
Podrían haberme mordido ya,  
pero parecen ciegos, insensibles,



no me perciben,  
aunque sé que en el fondo buscan  
encontrar mi lugar.

A veces noto una melodía,  
es extraño porque todo está callado,  
no hay sonido, no hay música,  
pero aun así la escucho.  
¿Serán los primeros coletazos de locura?  
Quizá esté perdiendo la cordura.  
Presto un poco más de atención,  
y en la punta de los dedos de mis pies,  
siento un pequeño temblor,  
una vibración.

¿Serán acaso los tiburones?  
¿Me habrán conseguido encontrar?  
Me sumerjo para enfrentar lo que sea,  
ya estoy harta, cansada, exhausta  
*Quiero acabar.*

Tras la inmersión,  
la vibración se convierte en sonido  
grave, apagado, *diluido.*  
Comienzo a nadar,  
y a cada brazada,  
más alto parece sonar.

Me estoy quedando sin tiempo,  
sin aliento, sin respiración.  
A lejos, al fondo de la negrura  
veo vibrante un arca, un baúl, un cajón.  
Y al abrirlo, salen copiosas de él  
letras, música, burbujas...  
aire contenido, oxígeno encapsulado,  
vacuolas de salvación.

Respiro, leo, escucho...  
alimento con ello mi alma,  
busco recomponer la ilusión.  
La turba poco a poco se desvanece,  
se difumina dejando en su lugar  
agua cristalina y clara.

Solo queda agua, *nada más.*

De pronto,  
el agua empieza su ascenso  
*y el suelo se convierte en cielo.*  
Ya no estoy nadando,  
me encuentro pisando firme  
el fondo de mis sueños.